

El río y el manantial. Comprensión y superstición en "Filosofía de la educación" de Bernard Lonergan

López Calva, Juan Martín

2015-03-12

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/473>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

ATRIL

EL RÍO Y EL MANANTIAL Comprensión y superstición en *Filosofía de la educación* de Bernard Lonergan

“If method is essential for the development of understanding it is not less true that method is a mere superstition when the aim of understanding is excluded.”

LONERGAN. *Verbum*, p. 223.

A. El río y el manantial: génesis de una imagen

Diciembre de 1997. Entre Lonergan Center —uno más o menos como el que se inaugura hoy, pero en bonito—, el Gargan Hall de la Biblioteca Bapts (un paraíso neogótico que inspira el estudio y la reflexión) y un departamento viejito en Brooklyn, llevo tres meses y pico de lectura intensa y apasionante de Lonergan y otros autores, aunque mi énfasis está en la comprensión de *Insight*. En cada página, cada capítulo, hay algo que confirma, algo que confronta, algo que provoca, algo que evoca, algo que enriquece, algo que empieza a acomodarse, algo que se desajusta, algo que se comprende y algo que genera nuevas dudas o aún confusiones. Un mediodía, al estar escribiendo un *e-mail* a Ricardo Avilés (ya no recuerdo si ése sí le llegó), de pronto me llega esta imagen: estudiar esta perspectiva es como sumergirse en un río caudaloso y mojarse todo, inundarse, sentir que casi uno se ahoga en el caudal. Sin embargo, uno va descubriendo cómo, poco a poco, de manera bastante misteriosa, de todo ese caudal empieza a filtrarse y a penetrar hasta lo más hondo una gotita pequeña, y tiempo después otra, y así sucesivamente. De manera que el río caudaloso sigue allí y uno se vuelve a sumergir y a empaparse y a sentirse movido y hasta conmovido, pero

al mismo tiempo no cesa esa especie de riego por goteo que va alimentando la propia búsqueda.

B. Flashback: los contextos de este texto

1959. Cincinatti. Un auditorio lleno de público compuesto por sacerdotes, religiosas, profesores de instituciones educativas católicas. Una serie de conferencias de Bernard Lonergan, un jesuita que empieza a tener impacto con un libro publicado dos años antes: *Insight*, un estudio sobre la comprensión humana. Una serie de conferencias sobre diferentes temas relacionados con la educación que necesariamente tienen que tomar en cuenta el tipo de público que asistirá y el lenguaje que este público maneja y entiende. Cincinatti, un mundo católico antes del Concilio.

El título de la traducción en español, “Filosofía de la educación”, puede prestarse a confusiones y no reflejar fielmente el contenido del libro: no se trata de una obra concebida integralmente como una filosofía de la educación sino como su título en inglés lo dice: *Topics in education*, una serie de reflexiones sobre diferentes temas o problemas de la educación; uno entre ellos, el de la búsqueda de una filosofía de la educación.

El momento histórico, cuarenta años atrás, y el auditorio al que se dirige Lonergan determinarán obviamente el que se pueda percibir un lenguaje que en sus términos puede sonar no adecuado al cambio de época en que vivimos hoy pero que, desde mi punto de vista, envuelve un contenido profundamente vigente y todavía desafiante para la educación de nuestros días. Un contenido y sobre todo una perspectiva muy adelantada a ese tiempo y muy revolucionaria en sus implicaciones para la concepción de la educación y de la tarea educativa concreta, en los grupos católicos y no católicos, de esos días y de hoy, con algún “prerrequisito de admisión”.

C. Uno es el hombre: el prerrequisito para no ahogarse en el río

“Uno es algo que vive, algo que busca pero encuentra...
Uno es el hombre —lo han llamado hombre—
que lo ve todo abierto y calla y entra.”

JAIME SABINES. “Uno es el hombre”.

Uno es algo que busca, que busca toda la vida pero encuentra, pero encuentra progresiva y parcialmente chispazos, destellos, pequeños anticipos de lo que busca. Este buscar nos constituye, somos búsquedas dentro de una gran búsqueda, búsquedas y búsqueda más o menos intensa, más o menos explícita, más o menos eficaz, más o menos conflictiva, más o menos consciente, más o menos compartida.

Este es el prerrequisito que el libro marca al principio del Capítulo cuarto: entender al ser humano como búsqueda, como unidad compleja en tensión, como uno con múltiples dimensiones, como uno dinámico. La clave de lectura, difícil de captar en el primer contacto, está en estas transiciones que Lonergan plantea en la comprensión de nuestro propio ser humanos: de la esencia al ideal, de substancia a sujeto y, principalmente, de la psicología de facultades al flujo de la consciencia. Porque “...el hombre no se desarrolla de acuerdo con su esencia lógica...” (p. 127); porque “tenemos que ser hombres” (citando a Eisenhower) y ese es un reto permanente porque “podemos ser hombres hoy y fracasar mañana”; porque para ser hombres tenemos que ejercitar la libertad en medio de la incertidumbre (p. 128). Porque quien tiene que ser hombre o mujer es YO, Nosotros (p. 129) y “...este uso de la primera persona supone la consciencia...” (*ibid*). Y esta consciencia es una autopresencia, una presencia del sujeto a sí mismo en el momento de estar operando, que es requisito para que los demás estén presentes a uno. “Porque en el flujo de la consciencia está el aspecto subjetivo, el interés, lo que me importa, pero también su correlativo, el mundo; no EL mundo sino EL PROPIO MUNDO.” (p. 130).

Entender esta consciencia, este estar presente a uno mismo, centrarse, más que en objetos, en operaciones, ésta es la clave de acceso, el prerrequisito de admisión para la lectura del texto.

D. El río y el manantial: una nueva interpretación de la imagen

Pero además del río está el manantial donde nace el agua que va llenando el cauce del río y lo va volviendo más o menos caudaloso. El río, como ya lo dije al explicar mi experiencia de estudio, es la obra de Lonergan y pueden ser las obras de muchísimos autores, filósofos o científicos, psicólogos o educadores, técnicos o economistas. El río que fluye integra las formulaciones más o menos inteligentes, más o menos correctas, más o menos reales en las que cada uno nos vamos sumergiendo para comprender el mundo y para crecer como seres humanos, hombres y mujeres concretos en un contexto determinado. Para mi ejemplo y desde mi experiencia, el río —un río como ya dije extremadamente rico, caudaloso, refrescante, poderoso— es la obra de Lonergan en general y, en este caso, como un afluente o ramificación, el libro que hoy presentamos.

Pero está también el manantial. ¿De dónde nacen todas estas formulaciones?, ¿de dónde nace la formulación misma de Lonergan? Nace precisamente de este flujo de la conciencia que se manifiesta en maneras muy diversas pero con exigencias comunes en cada sujeto indisolublemente individual y social —en palabras de Manuel Rodríguez— y que se va actualizando también en la historia del sujeto colectivo en permanente búsqueda de construcción que es la humanidad concreta. Lo que este libro y los demás de Lonergan están tratando de hacer es describir, explicitar, analizar lo que el autor va descubriendo del manantial, pero esta descripción, explicitación, análisis, es el río que nos muestra algo del manantial pero no es el manantial.

Esto es lo que en mi experiencia es terriblemente difícil de entender, desesperantemente difícil de comunicar, pero al mismo tiempo extremadamente sencillo de asimilar vitalmente una vez que llega a “caer el veinte” básico, ese veinte que uno no puede provocar, ni predecir, ni asegurar que suceda y que, yo creo, depende de una actitud de apertura básica pero también de condiciones bastante misteriosas que no alcanzo a vislumbrar.

E. Superstición o comprensión: “De buenos métodos está empedrado el camino del infierno”

El descubrimiento de este método es esencial para el desarrollo de la comprensión pero, como dice el epígrafe, esto es mera superstición si no existe el ánimo, la búsqueda, el objetivo de entender. De allí el riesgo de una lectura mecanicista del método, de una lectura que enfaticé el método por encima del deseo de entender o el río por encima del manantial.

Esto lo recalca mucho el libro, que se rebela a la cosificación o a la lectura estática, esencialista de la educación o de la filosofía de la educación.

Para muestra algunos botones:

Lonergan explora claramente cómo debería ser una filosofía de la educación y expone, entre otros, estos rasgos: no neutral, existencial, histórica, no supeditada a la teología, no interesada en el *per se* sino una filosofía de... Porque, como afirma, el hombre al que hay que educar no es el hombre de la Edad Media o del Renacimiento sino el hombre de hoy.

En los primeros capítulos concibe la educación como un bien y como un medio o espacio para construir el bien humano, pero entiende este bien como una estructura dinámica, invariante en sus niveles pero abierta en sus concreciones histórico-sociales y existenciales. En esta noción del bien entran, por supuesto, no solamente los niveles del bien (particular, bien de orden, valores terminales) sino su íntima e inevitable relación con los mismos niveles del mal: existe el mal como fenómeno estadístico, como transgresión de la ley, pero también el mal estructural y el más grave, el mal como aberración que se introyecta en la cultura y se instaura históricamente transmitiéndose y ampliándose de generación en generación y produciendo el largo ciclo de decadencia de las civilizaciones.

En esta parte se recalca que el bien es concreto y que es, sobre todo, el sujeto en desarrollo, un desarrollo complejo y dialéctico pero posible, más o menos probable, más o menos actual. “No se puede decir cuál va a ser el bien porque el bien no es ninguna entidad sistemática. El bien es una historia”. Una historia que se encarna en sujetos concretos y en decisiones concretas que pueden o no estar

orientadas por este deseo de entender, pueden ser comprensiones o meras supersticiones. El cambio en la educación de una ética de la ley hacia una ética del descubrimiento y la realización es un factor clave para que la educación sea un bien para el estudiante y aporte elementos para construir el bien.

El deseo de entender en su desarrollo y concreción histórica y con sus posibles aberraciones es lo que va produciendo el avance en el conocimiento, en la vida práctica y, por su puesto, en la educación. Tres son los elementos que plantea Lonergan como característicos de la educación de ese momento. Tres elementos que, creo yo, siguen siendo vigentes como desafío a la educación actual: la masificación, la especialización y el nuevo aprendizaje.

Centraré algunos breves comentarios en los dos elementos que el libro plantea con más claridad desde mi comprensión personal del texto y en la manera en que responde a estos retos que yo considero muy vigente y retadora en nuestra situación educativa actual.

El primer elemento es el del nuevo aprendizaje: este factor es abordado desde dos áreas de aprendizaje: matemáticas y ciencias. No es el espacio para ahondar en el contenido de estos capítulos pero no quiero dejar pasar la oportunidad de señalar algunos elementos que yo descubrí en mi lectura y que me movieron mucho a la reflexión. Por la revisión de autores contemporáneos en educación y sobre todo de un texto de Noddings sobre filosofía de la educación en referencia al conocimiento, voy poco a poco introduciéndome —aún no he trabajado este asunto lo suficiente— en la perspectiva constructivista en educación y en sus orígenes en la enseñanza de la ciencia y de las matemáticas. Un poco después hago la lectura de *Topics in Education* y descubro en estos capítulos cómo Lonergan, al analizar el nuevo aprendizaje en matemáticas (del ideal griego que se enfoca en el objeto —círculo, número, etc.—, al estudio de la génesis del objeto —cálculo diferencial— al nuevo enfoque centrado en la teoría de grupo que va a las operaciones del sujeto para llegar a la construcción del objeto) y en ciencia (el cambio en la noción de ciencia: desde lo cierto hasta lo probable, desde el ideal lógico hacia el método y desde las proposiciones analíticas hasta el mundo real), está ya perfilando lo que hoy es la moda que nos invade y causa furor en nuestras escuelas y universidades (cfr. BUAP): ¡el constructivismo!

Lo más sorprendente de ello no es que Lonergan lo esté planteando analizando autores de esa época, sino que cuarenta años después nuestra educación esté empezando a plantear —sin mucha claridad y eficacia— esta perspectiva y que lo más probable, como ha pasado en muchos casos, es que sea una moda pasajera que solamente cambie el discurso de los docentes pero que deje intacto lo que sucede en las aulas cotidianamente.

Respecto al otro elemento, la especialización, Lonergan plantea sobre todo en el Capítulo 8, referente a Piaget, la necesidad de una formación general y de dar a los alumnos elementos que los capaciten para moverse —“los grandes hombres de hoy no son especialistas, ellos están en movimiento”— antes que especializarlos prematuramente, como parece ser el reclamo actual (“es muy fácil producir chiflados con la especialización prematura”). La realidad actual en la que 70% de los egresados (71% en el área de arquitectura según ANUIES) tiene que trabajar en cosas distintas a las que estudiaron parece darle la razón a Lonergan en cuanto a la necesidad de una formación flexible que permita al alumno moverse en diferentes contextos. Sin embargo, la corriente dominante desde el jardín de niños —donde hoy se pretende que el niño aprenda a leer y a escribir, computación y no sé cuánto más, desde la edad más temprana, entre más pequeños mejor es la escuela— hasta la universidad, donde cada vez se crean carreras más centradas en lo superespecializado (licenciatura en mercadotecnia, y otras) parece ir al contrario de lo que esta visión consideraría lo más pertinente.

Capítulo aparte merecería lo relativo al arte, que sigue totalmente ausente de nuestras instituciones educativas, salvo por agregados curriculares marginales o espacios extracurriculares poco concurridos. Todo esto en un horizonte posmoderno donde la dimensión estética parece ser dominante y determinante de mucho de la cultura de nuestros estudiantes. ¿Será por eso que no hablamos su lenguaje y no entendemos mucho de su interés? Cito textualmente:

Lo que deseo comunicar es la noción de que el arte es relevante para la vida concreta, que es una exploración de las potencialidades de la vida concreta. Esa exploración es extremadamente importante para nuestra época, cuando los filósofos durante al menos dos siglos, mediante doctrinas

sobre política, economía, educación, y mediante todavía más doctrinas han estado intentado rehacer al hombre y han hecho no poco para que la vida humana no se pueda vivir (p. 325).

No menos importante es el capítulo sobre historia, en el que se subraya la necesidad de introducir esta conciencia sobre nuestra historicidad en el horizonte de la educación y se subrayan muchos elementos sobre el desarrollo de la libertad humana —“...somos libres porque no hay manera de demostrar que uno debe tomar este camino en lugar de este otro” (p. 359)— que resultan vitales de explorar y comprender en muchas instituciones educativas de nuestro tiempo.

F. Dos silogismos: Otra vez el manantial

Cito textualmente dos silogismos de Charles Hefling, reconocido estudioso de Lonergan:

I

Cualquier cosa que dice Lonergan es verdadera.
 Lonergan dice X luego X es verdadero.
 Ahora, P es una persona inteligente y sensata y P dice X'.
 En realidad X' debe ser lo mismo que X.
 O sea, P en realidad está diciendo lo mismo que Lonergan.

II

Cualquier cosa que Lonergan dice es verdadera.
 Z es verdadera.
 Luego, Lonergan debe haberla dicho.

He planteado algunos elementos que considero importantes sobre mi comprensión del libro que presentamos. Sin embargo, nuevamente sería necesario recalcar la necesidad de reflexión crítica que nos permita evitar el riesgo de caer en lo que reflejan estos silogismos. No se trata de que lo que he planteado o lo que dice Lonergan es verdadero necesariamente —en el universo nada es necesario dice Flanagan como uno de los planteamientos clave para entender a Lonergan— sino

que nos encontramos ante un río caudaloso y muy potente en el que podemos encontrar elementos que nos muevan a pensar, a tratar de comprender, a cuestionar críticamente, a razonar y a tratar de afirmar o refutar con argumentos y con pruebas suficientes. “Hasta que no haya más preguntas relevantes”, este es el criterio para afirmar algo con certeza.

G. Y si echamos las manos a ese fuego...

“Y si echamos las manos a ese fuego, si el pelo, si una parte del alma, si los ojos, mejor, tanto mejor...”

JAIME SABINES.

Lo que Lonergan dice una y otra vez respecto a sus objetivos al escribir es que no se trata de una propuesta para admirar el río sin mojarse y decir que es el más bello del mundo y que le gana a cualquier otro río del mundo, sino que pretende ser una invitación a sumergirse en el río pero no por el río mismo —que puede uno ahogarse en él— sino para poder ir experimentando y entendiendo y verificando desde dentro algunas características del manantial que da origen al río.

Respecto a la educación, en el final del Capítulo IV, Lonergan deja muy claro cual es el problema central:

...respecto a la filosofía de la educación, el problema fundamental es el horizonte del administrador de la educación —de la persona o grupo que tiene el poder y el dinero, que dirige la burocracia, que toma las decisiones— y el horizonte del maestro. En la medida en que sus horizontes sean insuficientemente amplios, habrá dificultades continuas. (p. 160).

De manera que para finalizar quiero decir dos cosas:

La primera es que lo más importante que sigue dejando en mí el ir entendiendo un poquito de la propuesta-invitación de Lonergan es precisamente ese deseo de “echar las manos a ese fuego” y no sólo las manos sino los ojos y una parte del alma. Eso es un reto, un motor, una fuente de conflicto, de frustración a veces pero también de satisfacción, de descubrimiento y de pequeños logros progresivos que son casi nada pero son mucho porque en ellos está involucrado el rumbo de mi

propia existencia. En pocas palabras, tratar de ampliar mi estrecho horizonte como profesor.

La segunda es que si compran el libro traten de no ahogarse en el río sino de esforzarse por ir descubriendo el manantial. Y, sobre todo, que a partir de sus descubrimientos le vayan “echando las manos a cse fuego”, que es la educación auténtica de nuestros estudiantes y la TRANS-formación de nuestros profesores, porque éste es finalmente el objetivo central de nuestra tarea.

Martín López Calva